

problemas de un espacio no tengan alguna incidencia en otros, pero más si cabe en estas zonas beligeras, lo que exige un tratamiento armónico de todos los aspectos e intereses cercanos o lejanos, y no solo de examen conjunto, sino de forma total y global, de todos los planteamientos políticos, económicos, culturales y de seguridad, como única fórmula de salir del difícil círculo cerrado en que actúan todos los antagonistas, que hasta ahora tratan solo de alcanzar su predominio, sin valorar en toda su trascendencia el equilibrio de los demás.

3. PREVISIÓN Y PROSPECTIVA EN LA DECISIÓN MILITAR

En estos días y con motivo de las propuestas y planteamientos de desarme y reducción de las armas nucleares, ha vuelto a suscitarse el tema de la posible trascendencia y efectividad de los medios convencionales, teniendo en cuenta la realidad de la innovación que las nuevas tecnologías pueden aportar en el futuro.

En este propósito se recuerdan las estimaciones que fueron formuladas hace poco tiempo por el anterior Comandante en Jefe de las Fuerzas de la OTAN en Europa, General Rogers, como también últimamente por su sucesor en el mando el General americano Gavin, resaltando la necesidad de perfeccionar no solo las características de las armas convencionales, sino examinando asimismo la alteración conceptual que en el empleo de las formaciones clásicas podría significar la presencia y actuación de las “Fuerzas de Despliegue Rápido”. Pero esta aceptación sugiere también algunas consideraciones sobre la concepción orgánica de los mandos y el examen de las características de su actuación en la previsión más o menos inmediata de sus problemas en el tránsito de las fases de crisis y tensión prebélica a las de inmediata operatividad.

Surge así de nuevo el viejo problema de la cualidad y características que debe destacar en la actuación de los mandos de fuerzas, según los ámbitos en que haya de llevarse a cabo su aplicación. Y en este sentido ahora, que tanto interés están acusando las tensiones en el Golfo Pérsico, por la situación de amenaza o crisis más o menos potencial, su planteamiento nos hace recordar las normas de conducta que aplicaron a sus enfrentamientos en el escenario norteafricano próximo a Oriente Medio, figuras tan destacadas y características en sus modos de acción como fueron los Generales Rommel y Montgomery en sus enfrentamientos del desierto.

Hoy a cuarenta y cinco años de distancia cuando las consecuencias de aquellas batallas hace ya tiempo que cesaron en sus efectos, el contraste de los antagonistas puede valorar con máxima objetividad el mérito de cada Jefe, y se pueden apreciar algunas circunstancias que, sin rebajar sus méritos profesionales, dejan centrada la postura técnica y sobre todo matizan el espacio personal en que más destacaron, y que no parece responder al forzado paralelismo que se quiso dibujar hace algunos años.

En la Batalla de El Alamein, la popularidad de Montgomery se debió en gran parte al hecho innegable de haber decidido en sentido determinado el movimiento pendular de las campañas africanas, conteniendo la oscilación de los avances, en momento y situación favorable a los aliados; y de otra parte, por el logro de su resultado victorioso frente a adversario de calidad profesional y moral del General alemán Rommel, que hasta entonces había salido triunfante en sus rápidas flechas del desierto.

Históricamente se conoce con el nombre de Batalla de El Alamein el conjunto de operaciones de guerra entre el 23 de octubre y el 3 de noviembre de 1942; el éxito de la ruptura del frente por los británicos valió al General de su VIII Ejército el título de Vizconde de Alamein; pero realmente el escenario de guerra había sido testigo de otras acciones en Alam Halfa que no pueden considerarse preparatorias de la fase de ruptura, pero sí trascendentales para el ulterior desarrollo de los acontecimientos militares en otoño de 1942.

La capacidad de penetración del África Korps había llegado al límite de su elasticidad ofensiva, no porque las posibilidades humanas para seguir combatiendo se hubieran agotado, sino por la servidumbre logística de un ejército en gran parte mecanizado y ligado tiránicamente a la autonomía en carburantes.

Formaban Alam Halfa, una serie de colinas que interrumpen en dirección S.O. a N.E. la línea defensiva que desde el Alamein hasta la depresión del El Qattara se había organizado como último reducto de las fuerzas británicas en Egipto, para conseguir la seguridad de Alejandría y del Canal de Suez. Durante el verano de 1942 la ofensiva del General Rommel había llegado el 7 de julio hasta el estrechamiento defensivo, empujando a las tropas de los generales ingleses Auchinlek y Ritchie; el panorama sobre el Canal era amenazador, pero las leyes del desierto se imponían, y antes de continuar la fase resolutive de la acción, el Mariscal Rommel tuvo que jugar su batalla de abastecimientos.

En conferencia celebrada con el Estado Mayor italiano y el General alemán Kesselring que mandaba las fuerzas germanas en Italia, se aseguró a Rommel la posibilidad de disponer de 6.000 toneladas de carburante, que juzgaba indispensable para actuar ofensivamente. Pero los días transcurrían y sitiado entre el agobio de tiempo que aconsejaba actuar rápidamente para evitar la consolidación defensiva del enemigo —Montgomery se había incorporado al frente el día 13 de agosto— y, el freno de la escasez de carburantes que se retrasaban más de lo previsto, Rommel se vio empujado a iniciar la batalla de Alam Halfa, después de la llegada a Tobruk de un buque con 800 toneladas de carburante, confiando en las seguridades de su complemento por vía aérea.

A finales de agosto las divisiones italo-alemanas desencadenaban su ataque para romper la defensa inglesa por el extremo sur de la línea, ejecutando un movimiento envolvente hacia el cordal de colinas de Alam Halfa. La existencia de ignorados campos minados no permitió el avance al ritmo calculado para su penetración; la aviación británica atacando incesantemente también lo dificultó en alto grado, y todo obligó a mayores movimientos de los previstos. Como consecuencia en la noche siguiente al segundo día de operaciones, sus unidades acorazadas solo disponían de carburante para una jornada; el 2 de septiembre era torpedeado el buque Abruzzos y como resumen de la situación logística, de las 6.000 toneladas que Rommel había estimado indispensables, solo un millar había llegado a las unidades, el resto se había perdido en la mar (2.600 toneladas) o se mantenía en Italia sin posibilidades inmediatas de transporte a África.

En estas condiciones Rommel tuvo que adoptar la amarga decisión de organizarse defensivamente, sin que en esa postura pesara realmente la maniobra del enemigo. Es posible que pagara su olvido de una máxima napoleónica *“no dejarse atraer por objetivos secundarios, por muy brillantes que sean”*.

Cuando Montgomery llegó a Egipto tenía el propósito de iniciar en septiembre operaciones ofensivas de descongestionamiento del frente que procedió a organizar activamente. En aquella fase, la batalla de Alam Halfa, último intento ofensivo de Rommel no le sorprendió en su desarrollo, pero obligó a retrasar sus planes más de un mes, y esta consecuencia pudo ser muy útil al mando italo-germano para acortar la línea de operaciones. Pero no fue aprovechada porque la Luftwafe se mostró insuficiente para compensar y sustituir el transporte marítimo de carburantes, y sí las fuerzas de Rommel se vieron forzadas a organizarse defensivamente la línea

de El Alamein, con unidades en su mayoría acorazadas, pero con mucha menor capacidad de movimiento, imposibilitadas de reaccionar en contraataques móviles, reduciéndose a un estatismo que tuvo que sacar el máximo provecho, incluso de las antiguas organizaciones enemigas de campos minados.

No obstante, el planeamiento de esta defensa fue tan eficaz que el mando enemigo se vio obligado a oscilar continuamente en los impulsos de su dirección principal de esfuerzo. Para romper aquella línea de 70 kilómetros Montgomery concibió primero un plan que atacaba en el Norte, para crear dos brechas, mientras en el Sur debía atraer la atención de la División Panzer alemana para evitar su envío al Norte y haciendo creer en la intención preferente de este avance.

Una de las más intensas preparaciones artilleras de la Segunda Guerra Mundial comenzaba la noche del 23 de octubre; pero la progresión de los infantes británicos fue muy lenta, y ante la dificultad apreciando una situación más favorable hacia la costa, dispuso el corte hacia el mar para abrir un portillo que permitiera progresar con la protección aérea y naval. La acción divergente del Sur no alcanzó su propósito porque el mando de la defensa descubriendo la verdadera intención del atacante trasladó el centro de gravedad de la defensa. Y cuando Montgomery estimó que tampoco podía proseguir en el sector del litoral resolvió detenerse momentáneamente para reorganizar las unidades y montar una tercera maniobra hacia el Centro que modificaba el primitivo Plan.

Aunque las unidades de Rommel se defendían tenazmente y frenaban la penetración no podían impedirlo plenamente, su mando vio la dificultad de sostenerse en las diversas brechas y decidió su retirada a mejores posiciones. En la tarde del 2 de noviembre empezó el repliegue de las Unidades situadas más al Sur, pero a las pocas horas, en la madrugada del día 3, el movimiento era detenido por una orden de Hitler. El General Rommel explicaba lo crítico de la situación, la desproporción de fuerzas, pero hasta el día cuatro no fue autorizado el retroceso. Una jornada perdida, que en aquella situación fue suficiente para desaprovechar todas las ventajas de la ruptura de contacto que había sorprendido al enemigo. Pese a todas las dificultades Rommel no fue capturado, ni siquiera cortado en su retirada; es cierto que se destruyeron muchas unidades y elementos, pero la sucesión del movimiento retrógrado pudo conservarse aún a costa de sacrificios en los que contribuyeron en alto grado las Divisiones italianas, llegándose a organizar una posterior línea defensiva.

En la fase que siguió inmediatamente a El Alamein, el General Montgomery no explotaba verdaderamente el éxito de la acción táctica de ruptura, contaba con elementos numéricamente muy superiores; pero más que atacara y empujar ofensivamente cuidaba de asegurar las posiciones alcanzadas, y esta precaución por la seguridad podría definirse como “una defensiva moviéndose hacia vanguardia”; y este freno dio ocasión a la llegada de un temporal de lluvias que ayudó poderosamente a Rommel en su detención final.

Este fue el resumen de la batalla que estratégicamente dio a los aliados el dominio de África del Norte, pero que pudo ser más breve en el tiempo con las consiguientes facilidades para el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar tras el desembarco americano en Marruecos.

Deben reconocerse a Montgomery sus extraordinarias facultades de organizador; un tesón y espíritu calculador que luego probaría aún más en los choques de la batalla de Caen, insistiendo en el martilleo de las posiciones alemanas de Normandía, pero esta mentalidad encaja más en la concepción estática del defensor que en el mando de un ejército organizado, que operando como flotas en el océano debía desprenderse de la preocupación posicional sobre el mar de arena del desierto.

Entre las características positivas del Mariscal británico podría sobresalir la tenacidad y su juicio para apreciar las coyunturas del ataque pero sus oscilaciones en la concepción de la maniobra ofensiva, no parecen las más ajustadas para retratar una voluntad estratégica expresada por la definición clara del objetivo. Su antecedente histórico podríamos encontrarlo en la figura guerrera de Lord Wellington, como el calculador y tenaz, pero demasiado preocupado por la seguridad. Torres Vedras podría asemejarse a El Alamedin, y su marcha ofensiva hasta los Arapiles, paralela que llevó Montgomery en África.

Tal vez esta semejanza explicaría también los vaivenes de las declaraciones que hizo posteriormente a la terminación de la Guerra Mundial refiriéndose a la política militar en el mundo. Al manifestar su opinión sobre la estrategia futura y sobre el porvenir de las armas, hubo un momento en que todo lo fiaba a las fuerzas aéreas que debían buscar la decisión estratégica; más tarde abogó por la defensa teledirigida, para finalmente retornar a la trascendencia y mérito de las unidades de organización clásica, por su opinión sobre la improbabilidad de una guerra de carácter general.

Con sus juicios provocó polémicas con otros criterios aliados, sobre cual pudo ser el desarrollo ulterior de la guerra de haberse apoyado sus concepciones. Resulta difícil postjuzgar los acontecimientos bélicos sobre hipótesis que luego no acaecieron; pero en su caso particular podría argüirse que la batalla desde Normandía hasta los Países Bajos, reproducía en muchos aspectos la crisis de Rommel por sus servicios logísticos. Hubo como en África una batalla de abastecimientos para acortar la línea de comunicaciones; se llegó así al objetivo de Amberes y cuando la conquista de este puerto se consideró ineficaz a los fines deseados, por la obstrucción de las bocas del Escalda, patrocinó una ofensiva paracaidista sobre Arnheim, que germinaba tácticamente con resultados bastante menos fructíferos que la ofensiva de Rommel en Alam Halfa.

Si comparamos artísticamente la obra militar de los dos rivales en El Alamein, Rommel sería el pintor que bosqueja y dibuja perfectamente, pero sin suficiente color, por la limitación de sus medios acorazados, y sobre todo inacabada por la falta de armonía entre los medios y las posibilidades... error de proporciones, pero plenamente artística ¡de pincelada larga!. Por el contrario Montgomery, muestra siempre sus obras totalmente terminadas... con mucho detalle, pero de trazo corto, extremadamente manierista... su preocupación pasa muchas veces el pincel sobre el mismo trozo de lienzo... en resumen es lo más opuesto a una inspiración impresionista... se echa de menos la facultad artística de ver a distancia y por consiguiente acusa un carácter magnífico para la defensiva próxima, pero no cuadra demasiado al espíritu del militar con la concepción operativa en profundidad y tiempo. En síntesis, es un previsor táctico, pero no un vidente estratégico.

Hoy la posibilidad de las armas y la rapidez y flexibilidad que las Fuerzas de Despliegue Rápido, requieren en la planificación del posible choque bélico considera que las cualidades del mando decisorio deben reunir una asociación de las que caracterizaban a Rommel y Montgomery para que el proceso de las fases críticas, en su desarrollo operativo, se produzca con arreglo a la concepción de una verdadera prospectiva estratégica.